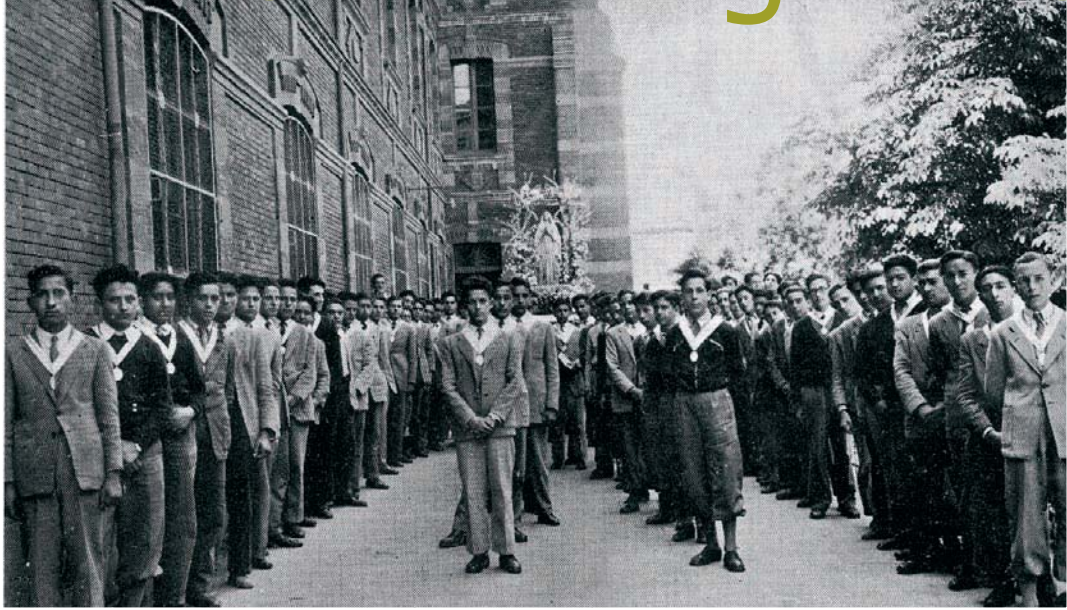


de la historia



Procesión de congregantes de la Inmaculada por los jardines del Colegio.

PROTAGONISTAS DE LA HISTORIA DEL COLEGIO DE LOURDES EN EL AÑO DE LA INMACULADA

El 8 de diciembre de 1854 el papa Pío IX proclamaba el dogma de la Concepción Inmaculada de la Virgen María. Una declaración tardía, realizada con carácter infalible desde la cátedra de San Pedro, aunque formulada de antiguo, tras uno de los debates más prolongados de la historia teológica de la Iglesia católica. Si había sido defendida por órdenes y familias religiosas como la de los franciscanos, carmelitas, concepcionistas franciscas o jesuitas, fue matizada por los dominicos y por las páginas de grandes doctores de la Iglesia como los santos Bernardo de Claraval y Tomás de Aquino. España, con su Monarquía y en los momentos de mayor esplendor, fue una firme defensora de lo que consideraban verdad teológica, carente de discusión alguna. Este año, la Iglesia viene celebrando el 150º aniversario (lo que llamamos el sesquicentenario) de esta proclamación, a través de publicaciones, peregrinaciones, grandes acontecimientos litúrgicos y exposiciones. También sería bueno recordar la importancia que ha tenido la Inmaculada Concepción en la historia de un colegio más que centenario como es éste de Nuestra Señora de Lourdes. El próximo año 2009, el centro alcanzará su 125º cumpleaños.

Precisamente, nos fijamos en esa piedra angular, la fuente de la que brota el agua de nuestra

historia: hablamos de la Virgen de Lourdes. Era el 11 de febrero de 1858, en la villa francesa de aquel nombre, a las orillas de otro río, el Gave. Una niña de catorce años llamada Bernadette Soubirous caminaba por esos lares acompañada de dos familiares que se disponían a cruzar las heladas aguas de la corriente para alcanzar la leña que sus padres les habían pedido. La jovencita Bernadette, enferma asmática, no podía mojarse los pies, por lo que permaneció sola en la orilla. Una ráfaga de viento la obligó a levantar la cabeza, contemplando en el interior de la gruta de Masabielle una Señora hermosa y bella: "ella venía toda vestida de blanco, con un cinturón azul, un rosario entre sus dedos y una rosa dorada en cada pie. Me saludó inclinando la cabeza". Las palabras de Bernadette reflejaron pronto su incredulidad y restregándose los ojos, de nuevo asombrada, apreció los gestos de la "Señora" que la pedía que se acercase. Ambas rezaron al mismo tiempo, pasando las cuentas del rosario. Terminada la oración, y sin reconocerla, la Señora desapareció sin mediar palabra.

La niña se hizo eco de lo que había contemplado, sintiendo la incompreensión de los que la rodeaban y recibiendo la prohibición para acudir a aquella ruta. Finalmente, su padre se lo permitió una semana después, el 18 de febrero. Esta vez la acompañaba más gente y mientras rezaban el tercer misterio del rosario, la "Señora vestida de blanco" volvió de nuevo. Recibió sus primeras palabras y la petición de que acudiese quince días seguidos. La difusión de aquellas "apariciones" provocó la curiosidad de unos y la burla de otros pocos. La "Señora" se hizo presente en dieciocho ocasiones, entre el 11 de febrero y el 16 de julio de 1858.

Pocas fueron sus palabras, tan sólo promesas de felicidad para el cielo, la petición de oración y de conversión de los pecadores y su identificación, "yo soy la Inmaculada Concepción". Era el 25 de marzo. Al punto brotó una fuente de agua que se empezó a considerar milagrosa. En realidad, Bernadette no sabía lo que significaban aquellas palabras y las fue repitiendo por el camino de vuelta constantemente, hasta que se las pudo decir al señor cura Peyramale. Era imposible que una analfabeta como aquella hubiese inventado tan proclamada identificación.

Sin duda, estas apariciones trataban de convertirse en una ratificación de lo que había definido solemnemente el papa Pío IX. En medio de un proceso de secularización se transmitió un mensaje de humildad en la persona de la "Señora" que vestía con los colores propios de la pureza de la Virgen María; resaltando la importancia de la oración a través del rosario, sin olvidar la penitencia, el cuidado de los enfermos y la conversión de vida. Poco tiempo después, en enero de 1862, el obispo de Tarbes firmaba una pastoral en la cual aprobaba las apariciones, resaltando el carácter sobrenatural de lo experimentado por Bernadette. El mismo Pío IX concedió el título de Basílica, en 1876, al santuario mariano que se había construido a su alrededor, gozando de todo el reconocimiento pontificio posterior. Ya antes, en 1864, se ubicó en la gruta de Massabielle una bella imagen con la iconografía transmitida por Bernadette.

Aquella era la Francia monárquica del Imperio de Luis Napoleón III, el sobrino del célebre y poderoso general Bonaparte. En

1871, tras su caída política, comenzaba un duro proceso anticlerical en la Iglesia francesa de la III República. En medio de toda esta situación, y con el despertar industrial de una ciudad tan alejada de Francia como era Valladolid, vivió Paulina Harriet, la fundadora de este colegio. Tanto ella, como su marido Juan Dibildos, un industrial de curtidos, eran originarios de los Bajos Pirineos, pues doña Paulina había nacido en Alzón. Ella se había preocupado por la formación catequética de los niños de la parroquia de San Ildefonso y había ubicado un altar dedicado a la Virgen de Lourdes, costeando las primeras novenas allí celebradas. Se manifestó profundamente devota a María bajo esta advocación y sabemos de su presencia en aquella localidad, en acción de gracias, por la aprobación por parte del superior general de los Hermanos de La Salle de la fundación de un colegio a las orillas del Pisuerga, dirigido por estos religiosos dedicados a la enseñanza cristiana e impulsados por las inquietudes, por las intenciones y también por el dinero de doña Paulina. Una devoción, y también un agradecimiento, que se plasmó en el nombre del nuevo colegio, "Nuestra Señora de Lourdes". Regaló, además, a los primeros Hermanos, muy pocos en número, una bella pintura de la Inmaculada Concepción, iluminada por el Espíritu Santo y en medio de un trono de ángeles. Un lienzo realizado en el siglo XVIII y que, cómo se plasma en el bastidor del mismo, fue "regalo de Doña Paulina Harriet". Una interesante obra que ha formado parte de la reciente exposición titulada "Sin Pecado Concebida", que la cofradía de las Angustias ha organizado con motivo de la citada conmemoración mariana.



Foto superior: Consagración de los congregantes en la capilla.
Foto inferior: Congregantes de la Inmaculada en 1908.



Inmaculada Concepción regalada a los hermanos por la fundadora del colegio, Paulina Harriet.

La devoción a la Inmaculada Concepción se fue plasmando en la vida colegial, con una mayor intensidad, a través del establecimiento de la Congregación de María Inmaculada y San Juan Bautista de la Salle, fundada en 1904 por el cuarto director del centro, el Hno. Luis. Su objetivo era claro, "el mantenimiento de la piedad de los colegiales, el fomento del culto a la Santísima Virgen y la frecuente comunión" de sus miembros. Su organización respondía a dos secciones, mayores y menores, dirigidas por sendas juntas, con un director espiritual y con sus respectivos hermanos que animaban las pláticas. La admisión de nuevos miembros se realizaba en la llamada "fiesta de la pureza", el 8 de diciembre.

La organización de la Congregación, que junto con la Cruzada Eucarística impulsaban la vida espiritual del colegio, fue variando, contando con sus propias actividades. Al principio, las sesiones se celebraban todos los miércoles, en la capilla, y dirigidos por el capellán y por un hermano de la Salle. Los congregantes debían obligatoriamente hacer comunión general el tercer domingo de cada mes y en las fiestas patronales del colegio. Pagaban, además, una pequeña cuota mensual y se distinguían físicamente por una medalla donde destacaba la Inmaculada y el propio San Juan Bautista de La Salle. Después se estableció el oficio de la Virgen, propio de los sábados, la llamada Sabatina.

Escenario de todos estos cultos será la nueva capilla

colegial, dentro del edificio, construido en 1923, cuya fachada era coronada por una magnífica estatua de la Virgen de Lourdes, obra de Ramón Núñez, inaugurada en junio de 1924. Una imagen que se iluminó por vez primera dos años después. La nueva iglesia, desde 1926, era "casi una Catedral", dentro de un estilo neorromántico que seguía los planos del arquitecto bilbaíno José María de Basterra. Preside desde entonces, aquel espacio, una bellísima escultura de María Inmaculada bajo la advocación de Lourdes, además de otras más pequeñas repartidas en las capillas colegiales, traídas en ocasiones desde Francia.

De tal forma, los congregantes immaculistas tenían un papel primordial dentro del Colegio. Por ejemplo, contribuyeron con sus colectas a auxiliar a los niños castigados por la Primera Guerra Mundial. La citada "fiesta de la Pureza" llenaba los espacios colegiales, animaba sus patios "con la algarabía de tantas voces", siguiendo con el lanzamiento de globos y cohetes hasta que la campana comenzaba a repicar. Le sucedía el banquete al mediodía y por la tarde, la citada admisión de los nuevos congregantes. Con todo "se esmeraban en ser la flor de los colegiales", como la retórica de su tiempo proclamaba. Tras el 8 de diciembre y la festividad propia del 11 de febrero, un nuevo tiempo fuerte de devoción mariana llegaba con el mes de mayo, a través de aquella forma que perduró tanto en el tiempo: la celebración de las flores. Una

religiosidad que se vio amenazada, en parte, por los años de la II República, manifestando los congregantes su disgusto por la supresión oficial de la fiesta de la que consideraban "Patrona de España". Con todo, y para celebrar los cincuenta primeros años de historia del colegio, se construyó en los jardines de la casa una reproducción de la gruta de Lourdes, bendecida por el entonces arzobispo de Burgos, el vallisoletano Manuel de Castro. En la misma, se ubicó una nueva estatua de la Virgen, obra del escultor vallisoletano, el maestro Trapote.

Las actividades de los congregantes se entendían como una forma propia de vida y de ser colegial. No estaban ajenos a la organización de excursiones, con deporte incluido, además de actividades teatrales, tan presentes en las distinciones colegiales. A ésta de la Inmaculada, se unió la Congregación del Niño Jesús, tras los días dorados de la citada Cruzada Eucarística. La Virgen de Lourdes era motivo de inspiración literaria para alumnos y profesores. De forma anónima, el Hno. Pedro Valmaseda publicaba en la revista Unión, en 1948, la historia de la relación entre Bernadette y la "Señora" en forma de verso de las letras antiguas de Castilla: "un milagro de Nuestra Señora que no sabía Berceo". Otro gran hombre de letras y profesor de latín y griego en el Colegio (cuando existían estas disciplinas en el mismo), el Hno. Eduardo Montero, escribía los versos más clásicos dedicados a la Virgen.

Incluso el escudo del centro, con su lema, debía mucho al dogma concepcionista y a la devoción mariana. El que lo diseñó fue el Hno. José María Yáñez (Hno. Fermín). Los elementos del mismo eran la estrella, una franja sinuosa y un castillo, además de un lema en latín: "ten en cuenta -decía la revista Unión en 1948- que ahora y siempre debe ser el Colegio la estrella y el norte de tu vida; sus enseñanzas tu norma; sus aspiraciones, tu ideal". La estrella es el símbolo de la fe, el castillo representaba a la patria y en los colores, el blanco se identificaba con la juventud y el azul con la nobleza, siendo ambos los colores propios de la bandera de la Inmaculada Concepción, madre del Colegio. Finalmente, la franja sinuosa que atravesaba el escudo eran las aguas del Pisuerga. Y rodeándolo todo aquel lema para el cual nadie necesitaba traductor: In Castella Lourdes Stella.

Los congregantes mantuvieron su organización y presencia hasta el curso 1970-1971, viviendo una lenta adaptación a las nuevas formas de la espiritualidad. Sin embargo, la devoción a la Inmaculada, en la advocación titular de la Virgen de Lourdes, ha permanecido a lo largo del tiempo, sin necesidad de adaptaciones. Por algo es la fuente de agua que corre junto al otro río, el Pisuerga: In Castella Lourdes Stella.

Javier Burrieza Sánchez.
Historiador y Antiguo Alumno